

EL PRIMERO DE MES

Iákov P. Butkov¹

I

Filosofía del primero de mes

Para el escribiente no hay una época más alegre, memorable y anhelada que *el primero de mes*.

Entonces el sol resplandece, la luna brilla y las estrellas arden más claras y radiantes. Incluso si hay, como acostumbra el clima petersburgués, lluvia y lodo en la calle, o si se produce una inundación, esos disgustos se sobrellevan el primero de mes una firmeza estoica: no suscitan quejas y fastidio como en otros días, sino bromas refinadas, burlas mordaces sobre el tiempo y, a veces, ¡sentencias edificantes! Es tal la fuerza beatífica del primero de mes que, una semana antes de su advenimiento, el pecho del escribiente respira con más libertad, su mirada sobre la vida se aclara, su egoísmo se debilita y su alma, a medida que se acerca el día primero, se embarga de un dulce presentimiento: ¡el cobro del salario! Y cuando este, cualesquiera sean las circunstancias climáticas y laborales, sobreviene, el escribiente renace por completo; por un día entero, se transforma en algo distinto a lo que suele ser todos los otros días: ¡está alegre, feliz, contento de sí mismo! En las Cumbres de Petersburgo se desata la actividad, reina una bulliciosa alegría. Las pequeñas y elevadas jaulas llamadas lisonjeramente «habitaciones con muebles, agua, criado, entrada especial y leña» se iluminan con velas *enteras* incluso cuando todavía están los últimos rayos del sol poniente o la luna llena, ¡objetos valiosos el resto de los días cuando falta un cabo de vela!

II

La mañana del primero de mes

En su tiempo habitaron en Petersburgo los secretarios colegiados Ievtéi Ivséievich y Ievséi Ivtéievich. Vivían *a medias* en uno de esos rimbombantes espacios dispuestos

¹ Traducción realizada a partir de I. P. Butkov: *Cuentos y relatos*, Editorial Judózhestviennaia Literatura, Moscú, 1967, págs. 105-140.

entre la cornisa y el tejado de los edificios de cuatro pisos, a idéntica distancia de la tierra y de la luna. La filantrópica inventiva de los arquitectos y propietarios dividió esos espacios, con ayuda de numerosos e ingeniosos tabiques, en jaulas estrechas y oscuras llamadas hiperbólicamente habitaciones. Viejas viudas, esposas de secretarios de provincia y aun de consejeros titulares suelen alquilar una sección entera de tales jaulas y las subalquilan exclusivamente a hombres de origen noble y a mujeres viudas o solteras que trabajan para las tiendas. Una jaula semejante, con el nombre de habitación especial con leña, agua y muebles, alquilaban los secretarios colegiados Ievtéi Ievséievich y Ievséi Ievtéievich por tres rublos al mes.

Estos secretarios colegiados eran de carácter apacible y de moral intachable. Uno de ellos, Ievtéi, escribiente de oficina, ganaba diez rublos en plata por mes; el otro, Ievséi, ocupaba el cargo de ayudante de jefe de despacho y, en calidad de tal, gozaba de un salario grande en comparación con el de su compañero, a saber: doce rublos al mes.

En su departamento reinaba siempre, excepto los primeros de mes, el más profundo silencio. Si bien cultivaban en general un mutuo sentimiento de amistad, las pequeñas y diversas incomodidades ligadas indisolublemente con las importantes ventajas de vivir a medias, así como la penosa monotonía de su existencia, llena de privaciones mezquinas, de tormentos oficinescos y de una criminal necesidad de medir con rigurosidad y a cada momento los gastos, acabaron causando en ellos una sabia falta de disposición a cualquier charla y explicación, «de las que nada resulta». Además, los dos sufrían una singular desgracia en el trabajo.

Ievtéi, que había terminado la universidad, era copista de cargo y un profundo pensador de alma. La tarea de copiar la consideraba una grave ofensa a su persona. En vano solicitaba que le dieran tareas un poco más nobles, asegurando que podía redactar documentos tan bien como el jefe de despacho, y acaso mejor; en vano alegaba, en defensa de sus pretensiones, el irrefutable argumento de que podía redactar tales papeles en la cantidad requerida «con un provecho importante para el erario»: ¡nada ayudaba! En la oficina lo consideraban, como ya hemos dicho, un profundo pensador, ¡y en cuanto tal no lo veían siquiera capaz de ocupar el cargo de ayudante de jefe de despacho!

Ievséi, al contrario, ya de niño, sentado ante el abecedario, soñaba con la dicha de copiar. El propio destino lo había preparado para ese puesto, concediéndole una letra bastante bella y negándole incluso la menor dosis de talento oficinesco; pero ese mismo decididor de la suerte humana, el ciego azar que había hecho de Ievtéi un copista, le dio

a Ievséi, que no había terminado la escuela primaria, el importante cargo de ayudante de jefe de despacho, que le imponía la obligación de *redactar* informes y reportes. En vano él, con profunda resignación, informó a quien debía que a él le resultaba halagüeño copiar documentos ya listos, que solo había estudiado en la escuela primaria, que ya su padre había sido un copista del senado que durante cuarenta años había ejercido la tarea de coser viejos papeles o, dicho en la jerga oficinesca, de reunirlos con otros semejantes; nadie prestaba atención a esas explicaciones. En calidad de ayudante de jefe de despacho debía redactar *por su cuenta*, y, sometién dose a las circunstancias, redactaba en verdad con torpeza, con gran dificultad, pero lo hacía y era muy infeliz.

Así pues, cada uno de los amigos, perfectamente congelado por las circunstancias externas, se concentraba en sí mismo, no dejaban escapar queja alguna por el azar, que dispone de los hombres, ni observación alguna sobre las personas que disponen de los ascensos ni conjetura alguna sobre la mejora de su absurda existencia, que dependía de un ascenso. Solo el *primero de mes*, con su influjo mágico, los sacaba de su mutua insensibilidad, los revivía, les infundía deseos de hablar y entrar en digresiones.

La mañana del primero de noviembre Ievtéi Ievséievich y Ievséi Ievtéievich se despertaron y remolonearon en la cama bajo sus capotes de gamello, que hacían las veces de abrigos de cebellina y de cálidas frazadas. La expresión alegre de sus rostros indicaba que no hablaban solo a causa del exceso de temas de conversación, y, en efecto, no pasó media hora cuando ellos, emocionados por la alegre sensación del primero de mes, se transmitían sus sentimientos con miradas elocuentes. Ievtéi hizo la siguiente pregunta a Ievséi:

—¿Duermes, Ievséi?

—¿Qué pasa, Ievtéi? —preguntó este.

—Nada —respondió Ivtéi.

—No, no duermo —respondió Ievséi—. Y, ¿tú?

—Yo tampoco.

Tras un breve silencio, producido por la mutua falta de costumbre de hablar a la mañana y por el agotamiento del tema, Ievtéi volvió a preguntar a su compañero:

—¿Sabes qué, Ievséi?

—¿Qué?

—¡Hoy *otra vez* es primero!

—¡Sí!

—¡Hoy debemos cobrar otra vez el salario!

—¡Sí, y también debemos pagar el alquiler!

—Pues mira lo que te diré, Ievséi: eres una máquina, no un hombre; vives del olfato, como un animal; en cambio, si razonaras, si pensaras...

—¿Qué pasaría si razonara y pensara? Cualquiera de nosotros, por mucho que razone y piense, no conseguirá nada.

—¡No, vamos! Si razonaras... No se debe prestar exclusivamente atención a la mera supervivencia; a veces hay que vivir también de la vida común de la humanidad. Si razonaras, descubrirías... ¿sabes lo que descubrirías? —exclamó Ievtéi casi con exaltación, incorporándose en su cama—, descubrirías el importante hecho de que los días influyen en los meses y que los meses influyen en los días.

—¡Oh!

—Crearías una filosofía de las cifras y de los días —continuó Ievtéi, cada vez más acalorado—, sabrías por qué algunos meses son felices y otros, infelices. Por ejemplo, el pasado octubre fue un mes largo, este mes de noviembre otra vez es largo, diciembre será más largo aún, y el próximo enero será tan largo como diciembre. Vamos, juzga por ti mismo: si no fueras una máquina de escribir, ¿no descubrirías acaso que esa concatenación de meses largos y más largos es sencillamente una injusticia, una ofensa a los nuestros? ¿No comprenderías acaso que el lejano febrero que viene después es el mejor de todos los meses, pues se compone exactamente de veintiocho días; que ese febrero es un mes dichoso, noble, el único mes creado para los funcionarios, para nosotros, y que todos los demás son para los solicitantes y los acreedores?

—¡Fantasías! ¡Fantasías filosóficas! —respondió Ievséi—. Tú y yo no sacaremos ni un solo día a los meses largos, así que no tienes por qué acalorarte.

Tras un breve silencio, los amigos volvieron a conversar.

—¿Sabes qué? —dijo Ievtéi.

—¿Qué? —preguntó Ievséi.

—¿El hombre goza de libre albedrío? —preguntó Ievtéi.

—No sé —respondió Ievséi.

—Pues yo te diré que sí goza de él.

—Y, ¿con eso qué?

—¡Me caso!

—¡Oh! ¿Hay una buena dote, entonces?

—¡Espera! Antes hay que determinar el punto desde el cual considerar el matrimonio. ¿Para qué se casa la gente, en tu opinión?

—Para reproducir a los pobres, según la ley de Mahoma, y por la dote, según la costumbre europea.

—¡Así es! Y, ¿si no hay dote?

—En ese caso, los que se casan son tontos y filósofos.

—Para ti, ¿no hay nada que reemplace la dote?

—Sí: que la esposa goce de la protección de alguien ubicado muy arriba. A veces la protección bien vale la dote. Pero ¿con quién te casas?

—Antes dime lo que piensas: el hombre, además de libre albedrío, ¿dispone también de razón?

—No sé.

—Pues yo te diré que sí dispone de ella.

—Pero ¿con quién te casas?

—Me caso... Pues mira, Ievséi, dado que gozo de libre albedrío y de una razón clara, lo he pensado todo y veo que los nuestros deben casarse no en teoría, sino en la práctica... No importa que existan ciertos conceptos... ¡Los conceptos son una tontería! ¡No son hechos, no son leña, no son velas!

—¿Con quién te casas?

—A lo que voy con mi argumento es que me caso como un hombre pensante que posee una voluntad de hierro y una razón clara. Me caso con Anna Alekséievna.

—¡Con *esa*!

—¡Sí, con *esa*!

—Pero ¿cómo? Y, ¿el general?

—El general se ha puesto en mi lugar y quiere hacerme entrar en sociedad por medio de Anna Alekséievna.

—El general es un buen hombre. Y, ¿ya te has decidido?

—Solo he dicho que entrego mi destino al magnánimo cuidado de su excelencia y que haré todo lo que él considere bueno. Sin embargo, es una situación desagradable... Y, ¿si no tuviera una voluntad de hierro?...

—¿Qué hay con eso?

—Es que estaré con ella, con Anna Alekséievna, y...

—¡Eso no es problema! Lo que importa no es la esposa, sino el ascenso. Por cierto, te diré con franqueza que yo también me caso...

—¿De veras? Ya ves, lo que viene al caso, viene al caso. Y, ¿con quién?

—¡Con quién! Pues mira, Ievtéi, en mi caso también hay algo delicado al respecto... Pero ¿qué le voy a hacer?... ¡Los superiores toman cartas en el asunto!

—Bueno, entonces no hay nada que decir. ¡Así son nuestros tiempos! Y, ¿con quién te casas?

—Con Karolina Ivánovna.

—¿Con *esa*?

—¡Sí, con esa!

Después de esta conversación, los secretarios colegiados de golpe, como autómatas movidos por un mismo resorte, se levantaron de la cama, en media hora se asearon y, vestidos con el uniforme reglamentario, descendieron de las Cumbres de Petersburgo y, en silencio, se separaron en diferentes direcciones: uno a copiar en contra de su voluntad; el otro, a redactar en contra de su naturaleza.

III

Una voluntad de hierro

El primero de noviembre, a las cuatro de la tarde, el mismo secretario colegiado que se llamaba Ievtéi pasaba por debajo del arco del Estado Mayor en dirección a la calle Morskaia, llevando en su vieja billetera el flamante billete rojo de diez rublos que acababa de recibir como salario. En su rostro alegre y sonriente, en sus ojos que pasaban animadamente de un objeto a otro, se reflejaba con claridad una dicha sublime, inexplicable a los kirguises y rentistas, dicha concedida al hombre de rango modesto una vez al mes, el día primero, y adquirida con un ayuno prolongado y penoso y con la privación de todos los bienes de Petersburgo, magníficamente iluminados, hábilmente expuestos, seductoramente andantes y observantes en todo el camino que va del lugar de trabajo al lugar de residencia.

Al llegar a la avenida Nevski, Ievtéi Ievséievich se detuvo y, mirando ora *a lo largo* de la Morskaia, ora *a lo largo* de la Nevski, se entregó a reflexiones muy prácticas acerca de adónde ir. ¿Debía seguir derecho, invariablemente hacia su jaula sublunar, según el orden establecido desde hacía mucho tiempo, pagar a la dueña el alquiler del

departamento y cancelar una deuda importante con un almacenero, sin dejarse llevar por las tentaciones del primero de mes, o desviarse hacia la Nevski y experimentar algunas de las alegrías y dichas que se venden en las confiterías y en otros sitios a precios moderados?

Como todas las buenas personas que en casos decisivos no saben qué seguir, si las indicaciones de la razón o las pasiones del corazón, Ievtái Ievséievich, inquieto por las dos preguntas arriba mencionadas, permanecía de pie ante una tienda inglesa y analizaba activamente todos los hechos y circunstancias que lo incitaban a ir directamente a su casa o a permitirse un desvío hacia la Nevski. Pero las distintas consideraciones en favor de una u otra opción eran tantas, las ventajas de seguir derecho eran tan claras y evidentes, la Nevski estaba tan radiante, las alegrías rosadas por la juventud y el frío lucían tan tiernas, que Ievtái acabó perdiendo la facultad de analizar con calma las cosas y, fastidiado, se dijo: «¡No, no iré a la Nevski! Tengo dinero, pero he decidido no ir, ¡así que no iré! Menos mal que sé controlarme y que estoy dotado de una voluntad de hierro. ¿Qué me importa la Nevski si no he pagado el alquiler? ¿Qué me importan las confiterías si le debo un nabo al almacenero? ¿Qué me importan los licores si...?».

Contra el último ítem no encontró un argumento suficiente, y Ievtái, que gustaba de analizar las acciones y redondear las frases siguiendo al dedillo ese libro pequeño llamado retórica, redondeó su monólogo con la siguiente exclamación adicional: «¡Qué me importan los licores!», y se quedó muy satisfecho con ese redondeo, pensando que, si le dieran curso libre, seguramente sería bueno para redactar no solo documentos de oficina, sino también textos *impresos*. Después, siguiendo con los ojos cómo se prendían los faroles en la majestuosa esquina de la avenida Nevski y la calla Morskaia, recordó que *otros* también lo consideraban buen redactor, pero *solo* buen redactor. Sin querer, dijo con el sentimiento de un juez justo sobre su propio caso: «¡Sí, imbécil!». Algunas honorables personas que pasaban por ahí lo miraron con aire significativo, y nadie en el fondo tomó ese epíteto descortés como dirigido a su persona. Solo un cochero que estaba en la esquina, un muchacho muy avisado y sensible, corrió hacia Ievtái sacudiendo la fusta y exclamando: «¿Adónde lo llevo, señor? ¡Veinte kopeks el viaje!». Otro cochero, como salido de debajo del suelo, rugió en el oído mismo de Ievtái: «¿Le parece bien por quince kopeks?». Y, en ese instante, la flor de los cocheros, un chofer temerario con un abrigo azul de campesino, acercó velozmente el trineo a los pies de Ievtái y dijo con voz respetuosa, pero resuelta: «¡Haga el favor de subir!».

Ievtéi era un muchacho sencillo, siempre, excepto los días primero. En esos días, la tenencia de rublos le inculcaba el sentimiento de la propia dignidad, y no le gustaba conversar con gente inútil, como en su alma consideraba a los cocheros. Atareado por la súbita acometida de esos hombres inútiles, no atinó a sacarlos del error con alguna palabra y, lanzándoles una mirada de desprecio, cruzó hacia la otra vereda.

Entretanto, continuaba con la misma indecisión respecto a regresar invariablemente a su departamento. La indecorosa expresión sobre la avenida Nevski que se le había escapado como consecuencia de su enfado por la maraña y amplitud de hechos, inaccesibles al análisis, quedó olvidada, y Ievtéi siguió desenrollando el hilo de sus reflexiones *desde el redondeo* que lo había interrumpido, a saber: *desde los licores*.

«Los licores –pensó– son la misma tontería que los pastelillos. Sé muy bien qué son los licores y qué son los pastelillos. Por supuesto, hay distintos tipos de licores: dulces, amargos... también hay licores de los que no se puede decir con precisión qué gusto tienen... ¡Son exquisitos, y eso es todo! Bueno, y pastelillos también hay muy variados, sobre todo los de almendra... con crema y almendra... ¡Dios mío! Si uno lo piensa, ¡qué pastelillos no hay en Petersburgo!... ¡Pero no iré, he dicho que no iré, así que no iré! Sé controlarme: ¡tengo una voluntad de hierro!».

Y Ievtéi, sin haber terminado de abjurar de la avenida Nevski, se dirigió a ella.

Seguramente se reprochó en secreto su pusilanimidad, porque, mientras caminaba por la Nevski y pasaba por delante de la confitería Beranger, no entró en ella, sino que solo le sonrió con esa sonrisa de alegría y amargura que suscita el encuentro momentáneo con el objeto amado y la rápida separación de él. Siguió adelante, reflexionando de este modo: «¿Qué me importa la avenida Nevski? ¿Acaso le temo? ¡Claro que no! ¡A ver si me voy a esconder de la Nevski! Mi situación sería ridícula y lamentable si yo, en un día tan único como el primero de mes, en una tarde tan hermosa como la de hoy, no quisiera pasear por la Nevski, por toda la Nevski, y solo por temor me metiera en una confitería. ¿Qué me importa a mí la confitería? ¡Como si no tuviera voluntad y razón! Si no paseo por la Nevski, tendré que considerarme una liebre cobarde y no un hombre con una voluntad de hierro. ¡No! ¡No soy un Ievséi cualquiera ni ninguno de esos «hombrecitos y criaturas que escriben»! ¡Yo, en una palabra, soy un hombre pensante!».

Reflexionando así, Ievtéi pasó por delante de muchas confiterías y del arco occidental de la Catedral de Kazán, que, como es sabido, lleva a la calle Meshánskaia. Caminaba con la firme intención de no desviarse hacia ninguna parte hasta llegar al

puente Ánichkov, y solo allí, tras cerciorarse de la tenacidad e inflexibilidad de su voluntad, se ablandó un poco consigo mismo y deseó recompensarse por esa heroica cualidad con un paseo de vuelta por la Nevski hasta la Morskaia, en calidad de juez severo y de observador imparcial de las costumbres petersburguesas.

Caminando de regreso por la Nevski, el secretario colegiado prestó atención a los rostros que salían a su paso; pertenecían exclusivamente a funcionarios de distintas dependencias y transmitían esa completa serenidad espiritual que se le concede al hombre solo una vez al mes, cuando no se hace ninguna conjetura, no se fantasea con nada, sobreviene la cabal convicción de que el salario ya ha sido cobrado y descansa junto al corazón, cuyos latidos son rítmicos y calmos.

La multitud de funcionarios se movía pareja, tranquila e impasible por la vereda. Estaba compuesta por los elementos más heterogéneos: en ella había gente vestida sin elegancia, incluso de manera sencilla, pero estupendamente *decorativa*; eran las personas más irreprochables y felices, con buenos puestos, gordas por su desprendimiento en el trabajo. Estas personas, por mucho frío o viento que haga, siempre se las arreglan para envolverse en su capote de un modo tan ingenioso que, sin resfriarse, muestran a cualquiera que vaya a su encuentro el símbolo del mérito y de la dignidad. Había hombres perfectamente vestidos, no tan decorativos como aquellos, pero, en cambio, muy amables en el trato y a cargo de misiones especiales. Incluso había hombres que se distinguían por la inusual claridad de sus mentones y por su amable entornar de ojos; eran hombres que prometían mucho, candidatos a genios y a jefes de despacho. Por último, había distintos funcionarios que no contaban con la posibilidad de comprarse un traje de civil para pasear y que aparecían en la Nevski, al igual que Ievtéi, con todo el brillo de su «uniforme reglamentario».

A medida que se acercaba a la confitería Beranger, en la multitud se hacía más perceptible el influjo de una fuerza de atracción externa. Muchos funcionarios, sobre todo aquellos que cumplían bien las misiones especiales y prometían mucho, se desviaban rápidamente hacia ese templo de licores y pastelillos. Los demás, entre ellos Ievtéi, se detenían e, indecisos, pensaban si debían entrar allí por un momento o seguir caminando hacia la plaza Admiraltéiskaia.

«Ahora me he demostrado a mí mismo que puedo comportarme en función de pautas racionales –pensó Ievtéi–. Una vez pasaba por delante mismo de una confitería y me dije que no entraría en ella... ¡Decirlo y cumplirlo fue una misma cosa! Comprendí

que las confiterías y otros lugares no son más que abismos insondables para un salario como el mío, el cual, a decir verdad, sería más que suficiente si la naturaleza me hubiera dotado del organismo correspondiente: el estómago de un avestruz y la piel de un oso polar. Pero, en vez de un estómago capaz de digerir pedazos de baldosas y que se correspondiera con mi salario, en vez de una piel capaz de soportar el frío polar, me ha dotado de mucho más: un carácter fuerte, una “voluntad inflexible, de hierro”».

Y el hombre dotado de un carácter fuerte, de una voluntad inflexible y de hierro, interrumpió de súbito sus razonamientos práctico-filosóficos sobre la vanidad de las confiterías y entró corriendo... ¡oh, débil y jactanciosa humanidad!... entró corriendo en la confitería.

IV

Licores varios

En cuanto Ievtéi Ivséievich se encontró en la confitería, en el aromático ambiente de bombones, pastelillos y licores, eliminó definitivamente de su cabeza las consideraciones filosóficas sobre el primero de mes. Después de devorar varios pastelillos, no halló en su mente ni un solo argumento, ni un solo sofisma para justificar esa acción ruinosa; devoraba pensando únicamente que los pastelillos eran buenos y que tenía con qué pagarlos.

Después de comerse el décimo pastelillo, volvió en sí y notó junto al mostrador a un magnífico funcionario decorativo de edad considerable y estatura colosal; su enorme cabeza podía alojar el genio de Arquímedes, Julio César y Newton; sus brazos, largos y fuertes, servirían de adorno, de fuente de felicidad al mejor aguatero; sobre su pecho, ancho y prominente, podían colgarse con comodidad todos los símbolos de distinción del mundo. Ese extraño funcionario, que hablaba con el hombre que estaba detrás del mostrador, le preguntó con voz de trueno:

—¿Hay Polka?

—Sí —respondió aquel.

—¡Venga!

«¡Qué cosa extraña! ¡Cuántos hombres grandes hay en el mundo! —pensó el secretario colegiado—. ¿Y qué será eso que llama Polka?». ¡Cuál no fue su sorpresa cuando vio un líquido de un tierno y fabuloso color rosa contenido en un claro recipiente de cristal. Su curiosidad y su gusto alcanzaron la máxima excitación... «Sin duda, se trata

de un licor... nuevo, un licor perfeccionado... ¡Uf, diablos, la de licores que hay en estas confiterías!», pensó, mirando con avidez el anhelado brebaje, y en el mismo instante en que el funcionario decorativo, tras beber una copita, pidió otra, Ievtéi no soportó la tentación y ordenó que le sirvieran la misma bebida.

—Es licor, ¿no? —preguntó al funcionario decorativo.

—Es un licor completamente nuevo... —respondió este con impactante voz de bajo.

—El nombre es nuevo —señaló Ievtéi—. ¿Qué gusto tiene?

—El gusto también es nuevo... ni amargo ni dulce, ¡completamente polkiano!

—¡Exacto! —exclamó el secretario colegiado tras beber la copita que le habían servido—. Estoy completamente de acuerdo con usted: un gusto polkiano. ¡Una invención verdaderamente útil!...

Cuando los funcionarios bebieron una copita más cada uno, la conversación entre ellos se animó y fluyó. Tocaron todos los temas: los pastelillos, los cañoncitos, el chocolate de preparación especial, el ferrocarril, Rubini,² etc., etc. El último tema les dio pretexto para beber un poco más de Polka y comerse dos pastelillos más cada uno. Después los dos funcionarios, que se habían conocido por azar, sintieron una mutua disposición amistosa y el «decorativo» se presentó de la siguiente manera:

—Soy el asesor colegiado Fósforo.

«¡Qué asesores colegiados más extraños hay! —pensó Ievtéi—. ¡A este le vendría mejor llamarse Mástil!». Y, a la vez, respondió haciendo una reverencia:

—Y yo soy el secretario colegiado Desgracia.

—¡Bueno, eso no es ninguna desgracia! —señaló el asesor colegiado—. Usted aún es joven, tiene tiempo para llegar a consejero secreto.

—No es mi rango la desgracia —explicó el secretario colegiado—, pero yo mismo me llamo así.

«El diablo sabrá qué secretarios colegiados hay en Petersburgo», pensó el asesor, y, estrechando amistosamente la mano de Ievtéi, respondió:

—Entiendo. Usted es tan desgracia como yo soy fósforo. Usted y yo somos ucranianos y llevamos apodos ucranianos. Y, ¿en qué dependencia tiene a bien trabajar?

—En el departamento ***. ¡Un trabajo muy desagradable!

² Giovanni Battista Rubini (1794-1854), tenor italiano célebre en su época. En 1844 cantó en San Petersburgo, donde se ganó el beneplácito de la corte y del público. [Nota del traductor].

—¡No diga eso! —exclamó Fósforo—. Es la dependencia más confortable de todas. Allí son todos cultos, instruidos... hasta los salarios son más grandes.

—Más grandes para los grandes —señaló Ievtéi—, y pequeños para los pequeños...

—Sí, yo alguna vez me conté entre los pequeños... ¡Reconozco que era insoportable! Escribe y copia... y, desde el día quince, ¡quédate sin pan y sin leña! Bueno, al final no lo soporté...

—¡Qué extraño!... ¿Quiere decir que, cuando usted se contaba entre los pequeños, se permitía no soportarlo?

—No en el sentido en el que usted cree —respondió el asesor colegiado, y enseguida, con especial delicadeza, le pidió a Ievtéi que le permitiera tener el honor de invitarlo con otro licor nuevo, y cuando el secretario colegiado dio su consentimiento con una sonrisa y una reverencia, Fósforo ordenó Mogador, y el Mogador apareció ante la asombrada mirada de Ievtéi en una botella grande y resplandeciente, del color del cielo, y fluyó en las copitas en un chorro espeso y perfumado.

Los dos funcionarios bebieron de golpe el bendito brebaje y, mirándose con alegría a los ojos, exclamaron al unísono: «¡Magnífico!». Después Ievtéi señaló por su parte: «¡Es increíble lo ricos que son los licores! Puede decirse que algunos, como, por ejemplo, estos Polka y Mogador, son capaces de hacer felices a los nuestros».

La expresión «los nuestros» resultó extraña al asesor colegiado, que preguntó a Ievtéi:

—¿De cuánto es su salario, si me permite saber?

—Diez rublos por mes —respondió Ievtéi con un pesado suspiro—. Diez rublos gana un hombre que ha estudiado veinte años seguidos, que ha escrito y defendido con éxito la excelente tesis «Sobre la influencia del humanismo general en la sociedad particular», que sabe dos idiomas antiguos y cuatro modernos, que ha aprobado brillantemente un riguroso examen de jurisprudencia y cameralismo... Juzgue usted mismo —exclamó Ievtéi—. ¿De qué me ha servido todo eso?

—¡Usted es un soñador! —dijo el asesor colegiado—. ¿Acaso no ha descubierto aún la gran verdad de que para todo tipo de éxito o de ascenso en lo que sea y donde sea se necesita un único conocimiento: el profundo conocimiento de las pasiones humanas; que los bienes de este mundo no son accesibles a la inteligencia, sino a la perfidia; que los desdichados que se quejan de que su erudición o sus capacidades son desdeñadas y no saben jugar una partida en el amor, en el odio, en el desinterés, en el bien común y en

miles de otros juegos que juega la gente son simplemente unos tontos? Por cierto, permítame ofrecerle un licor especial que se llama... ¡Ey, mozo, llévanos allí, a la otra habitación, O'Connell!

Las consideraciones y, en particular, el último ofrecimiento del asesor colegiado interesaron vivamente al secretario colegiado, que con mucho gusto accedió a probar el O'Connell. Los recién conocidos se sentaron en el rincón de una habitación especial y, mientras Ievtéi, con la mirada clavada en las copitas que había frente a él, analizaba su contenido y trataba de hacerse una idea exacta del gusto de ese líquido por su color verde claro, el asesor colegiado Fósforo, guiado al parecer por el deseo de ser útil al pobre Desgracia, continuó con sus enseñanzas:

–Si quiere hacer carrera... ¿Me permite que sea franco con usted?

–Haga el favor. Sus juicios prácticos ya me han sugerido algo importante...

–Bien, si quiere hacer carrera... Su jefe, por supuesto, tiene esposa o algo así como una huérfana desdichada a la que brinda protección, o las dos cosas juntas, ¿no es así?

–¡Oh! –exclamó el secretario colegiado, y, para sosegar la conmoción que le había causado esa pregunta, tragó el O'Connell-. Tiene esposa y algo llamado Anna Alekséievna.

–Pues entonces cortéjele a la esposa y enamórese de esa Anna Alekséievna.

–¿Que le corteje a la esposa? –dijo Ievtéi con visible susto-. ¡Eso sería un atrevimiento inconcebible, una insolencia de gitano! Eso me llevaría a...

–*A grados consabidos* –lo interrumpió el práctico asesor-. Usted, joven, es demasiado inexperto en los asuntos mundanos y, por lo visto, no conoce en absoluto a las mujeres.

–Sí, confieso que no entiendo mucho de mujeres.

–El asunto es que usted se ha formado una idea singular sobre esa parte del género humano. Usted, al igual que la demás juventud poética, considera a las mujeres unos seres radiantes, *celestiales*, pero yo le diré que ellas, salvo contadas excepciones, son iguales a nosotros, los hombres, también salvo contadas excepciones.

Después el práctico asesor colegiado, animado por los diversos licores y por el interés de la conversación, empezó a contar al secretario colegiado, que iba de asombro en asombro, un sinnúmero de historias singulares que se producían a diario en esa misma Petersburgo, que, dicho sea de paso, era tan severa en la observancia de formas y decoros.

Ievtéi, debido a sus amargas circunstancias y a no contar con un traje de civil, pasaba todo el tiempo bien en la oficina, bien en su departamento; solo de vez en cuando, los primeros de mes, iba a la confitería con el pretexto de leer los periódicos para enterarse de qué ocurría en el mundo; por tanto, no tenía una noción práctica y verdadera de miles de diversos pormenores y, en particular, de esas pasiones irrefrenables, insaciables y a veces terribles que, secreta pero ilimitadamente, imperan sobre esos hombres nobles cuyos ojos irradian bondad, sobre esas mujeres bien educadas, etéreas y sensibles que se conducen con tanta inteligencia y decoro, que a veces escriben libros para niños y, a veces, hacen actividades benéficas para la humanidad sufriente. Para él eran extraños y nuevos los despiadados juicios de Fósforo sobre los hombres y las mujeres (no decimos sobre las personas); lo asombraba ese análisis riguroso y práctico de las relaciones entre ambos sexos.

Paralizando a los hombres y las mujeres, a las personas y los caballos, el asesor colegiado iba a comenzar con un nuevo juicio edificante, pero Ievtéi no soportó: sus luminosos sueños, sus fantásticas ideas sobre muchos atributos fundamentales de la existencia humana habían sido despiadada e irremediablemente aniquilados. Bajo la opresión de esa penosa e indignante impresión, interrumpió una de las terribles historias del cínico asesor en su momento culminante.

—Disculpe —dijo—, pero creo que en sus juicios, por ingeniosos y aleccionadores que sean, hay más maledicencia respecto del prójimo que pura verdad. Por lo menos, es lo que debo pensar en honor de la humanidad.

—¡En honor de la humanidad! —exclamó el asesor, riendo a carcajadas—. Usted, joven, preocúpese del honor de la humanidad, que esta, mientras tanto, no deja de inventar nuevas formas de todo aquello que se considera placer. Usted y yo no vamos a rehacer a la humanidad, y, para mí, en aras de la verdad es mejor pensar mal sobre ella que pensar bien, en su honor.

V

El secretario colegiado Ievséi Ievtéievich

Mientras el instruido secretario colegiado Ievtéi Ievséievich, entregado a consideraciones abstractas sobre el primero de mes, observando las costumbres, probando licores, descubría un nuevo punto de vista sobre la vida, nuevos principios sobre la verdadera comida y una habitación auténtica con leña genuina, su compañero de vivienda,

el secretario colegiado Ievséi Ievtéievich, luego de cobrar doce rublos en cuatro billetes de color verde claro, no quiso ni mirar a la Nevski, fue directamente del trabajo a su casa y allí, luego de pagar como debía a la dueña, viuda de un secretario de provincia, se encerró en su tabuco y trabó la puerta con dos sillas pesadas y antiguas.

Al ver que nadie podía inquietarlo súbitamente, el secretario colegiado puso en la mesa los tres billetes que le habían quedado luego de pagar a la dueña y se los quedó mirando durante un minuto con una extraña sonrisa que confería a su pálido rostro una expresión antinatural. Tras admirar los billetes, se acercó a la puerta, aguzó el oído para ver si venía alguien, se quitó el viejo y raído uniforme de color indefinido, adornado a lo largo y a lo ancho con muchas costuras, lo colocó sobre sus rodillas y, armado de una aguja y un cortaplumas, se entregó a una ocupación extraña e increíble...

Este secretario colegiado era el extremo opuesto de su compañero. La naturaleza que lo trajo al mundo imprimió su fisonomía con singular minuciosidad: tenía unas facciones regulares y agradables que se encuentran rara vez en los hombres prácticos y de estudio y muy a menudo en los buenos lacayos. La inmovilidad y soñolencia de ese rostro agradable justificaba más aún esta comparación, pero, por otro lado, su palidez inusual y marmórea, la falta de arrugas marcadas en la frente, inevitables en el semblante de los hombres pensantes e incluso en el de aquellos que cortejan señoritas, distinguía el rostro de Ievséi Ievtéievich del de cualquier lacayo, que siempre irradia un rubor rosado a causa de la buena vida y la benevolencia del señor. Esa palidez, a ojos de muchas mujeres petersburguesas entendidas en hombres, era incomparablemente mejor que la fisonomía juguetona, expresiva, pero picada de viruelas de Ievtéi, con sus ojos grises que despedían fuego y sentimiento. Ievséi, sin embargo, no sacaba ventaja de su interesante palidez y ni siquiera la notaba.

Al pasar a la diferencia de carácter de Ievséi respecto de su compañero, lo primero a señalar es que nunca había estudiado nada, excepto el abecedario, y no tenía la menor noción acerca de una voluntad de hierro y una razón clara. Su propio género de trabajo no exigía de él esas nociones, y sus compañeros de oficina, en particular sus superiores, eran todos hombres prácticos, cultos, instruidos y adiestrados por las necesidades cotidianas.

Pero, si bien no tenía noción alguna sobre la voluntad y la razón, que consideraba términos técnicos de alguna ciencia alemana infusa; si bien, por mucho que Ievtéi le hablara de ello, no podía comprender en qué consiste la voluntad y adónde conduce la

razón, él, sin embargo, estaba provisto en tremenda medida de esas cualidades que le eran desconocidas. El caso es que Ievtéi había estudiado la voluntad y la razón en la universidad, y, como no las *poseía*, solo las *conocía* y hablaba sin parar de ellas a su compañero. Ievséi, por el contrario, cuya misma conciencia estaba oprimida por las pequeñas pero duras circunstancias de la vida, estaba imbuido de las condiciones y principios de esta, y, sin pensar en la voluntad y la razón, vivía según la sabia indicación de las respuestas que daba a las siguientes preguntas. *Primera pregunta*: si todos los meses gasto todo mi salario, ¿qué resultará de ello? *Respuesta*: seré pobre toda la vida. *Segunda pregunta*: si vivo como puedo y de lo que puedo, ahorrando todos los meses la mitad y aun dos tercios de mi salario, sin confiárselo a nadie, ni al banco ni a la casa de empeños, y guardándolo en otros lugares más seguros, de modo que nadie en el mundo se entere de que estoy ahorrando, ¿qué resultará de ello? *Respuesta*: con el tiempo ahorraré dos años de salario en efectivo, y con esa suma de dinero podré casarme con una señorita noble de buena dote o con una viuda de buenas costumbres del estamento de los mercaderes, con niños y casas bajo tutela.

Como consecuencia de esas sabias preguntas y aún más sabias respuestas tenía la monstruosa y colosal resolución de vivir varios años seguidos en los estrechos límites de la más implacable moderación, resolución que no hacía vacilar ninguna tentación, por muy seductora que fuera, puesto que siempre chocaba de bruces con privaciones insoportables; ni las amargas necesidades, para sobrellevar las cuales se requería un espíritu excepcional, poderoso, casi inhumano; ni las ocurrencias sarcásticas de sus compañeros acerca de su renuncia a todas las diversiones, a todas las comodidades que podían comprarse a un precio módico, es cierto, pero que podían comprarse. Primero le costó aguantar aquello a lo que lo condenaba su sabia, práctica y aun puede decirse heroica resolución, pero, poco a poco, triunfando sobre las flagrantes necesidades, venciendo las pasiones humanas con el cálculo, se transformó, se transfiguró. Cada primero de mes su capitalito se agrandaba; la abnegación, las esperanzas, los cálculos aumentaban; el espíritu de codicia y de renuncia a todo lo que implicaba gastos fue aniquilando en él todas las pasiones propias de la juventud y todas las tentaciones propias de Petersburgo.

Por azar se encontró con un pobre diablo semejante a él, Ievtéi. Se conocieron junto a las puertas de un edificio en el que se habían guarecido de la lluvia. Primero hablaron de esta, después de ascensos y de premios, y luego pasaron al tema más

interesante para ambos: los rublos y su importancia. Los dos sufrían carencias, los dos entendían la importante ventaja de vivir a medias, y pronto empezaron a vivir de ese modo; pero el diablillo de la prodigalidad anidaba en el alma de su compañero, y Ievtéi, que sufría privaciones durante el mes entero, rara vez se abstenía de recompensas por esa tolerancia el día primero, mientras que Ievséi no gastaba en tonterías, escuchaba con calma las ocurrencias de Ievtéi sobre la voluntad y la razón y daba vueltas a su idea.

Entretanto, el destino, siempre atento a quienes lo desdeñan, sonrió a Ievséi. Su magnánimo jefe, al que él siempre se quejaba en cualquier ocasión propicia por la manifiesta injusticia de su jefe de despacho, que le exigía redactar cuando él precisamente se había preparado para ser copista, ese jefe, que solía aprovecharse de él para su correspondencia privada y que se había convencido de la extrema necesidad que tenía de él para redactar cualquier texto, le tomó un especial cariño por su carácter apacible y por su bella letra. Era un hombre anciano, de familia e importante en la sociedad, y, en un momento de buena disposición de ánimo, quiso hacer feliz a su atormentado subalterno, es decir, presentarlo en sociedad, y al mismo tiempo le propuso su protección, que Ievséi aceptó con la debida veneración y un beso en la mano del jefe, mientras este, sin dilatar el asunto, le propuso que no perdiera ocasión de casarse con una mujer muy buena, Karolina Ivánovna, que tenía una hija pequeña y una gran capacidad para hacer entrar en sociedad a su marido. Ievséi aceptó.

Para facilitar el encuentro de Ievséi con Karolina Ivánovna, el solícito jefe lo envió a casa de ella con un recado, y así Ievséi, que no tenía traje de civil, tuvo la oportunidad de presentarse ante ella como un simple enviado vestido con uniforme. Karolina era una mujer exuberante. A primera vista, Ievséi podría haber apreciado en ella su ideal, si no hubiera eliminado hacía mucho tiempo de su cabeza todos los ideales por considerarlos un delirio de una imaginación enardecida. Pero Karolina era algo extraordinario... Cabe sospechar que Karolina conocía el verdadero motivo de la visita de Ievséi, porque se mostró inusualmente atenta a ese mártir de los rublos y de la voluntad. Desde sus primeras palabras, llevó la conversación no hacia el tiempo, como se estila, sino que, con mucha sensatez y sutileza, se puso a hablar de lo caro que estaban la vivienda y los alimentos y de otros temas no fútiles, sino prácticos; incluso tocó con asombrosa claridad un tema cercano a Ievséi, a saber: qué superiores más extraños hay en el mundo que no designan a las personas en los puestos por sus capacidades.

La impresión que causó en Ievséi el departamento de Karolina Ivánovna, no muy grande, pero bien acondicionado, fue tal que, al regresar a casa, pasó de camino por una sastrería y se encargó un traje de civil para presentarse con él en casa de Karolina Ivánovna y pedir formalmente su mano. Cuando el traje estuvo listo —con la facilidad de que lo pagaría en cuotas, los primeros de mes—, lo llevó a casa y lo guardó hasta que llegara el momento en la vieja cómoda, que hacía mucho que no cerraba, sin decirle nada a Ievtéi, de quien él, por naturaleza o por costumbre, ocultaba lo más posible sus actos y pensamientos. Sin embargo, no logró contenerse cuando Ievtéi le contó de su inminente casamiento y, como ya hemos dicho en el primer capítulo de esta *historia verídica*, confesó a su instruido compañero que él también se casaría.

Cuando terminó la extraña tarea que hemos mencionado al comienzo de este capítulo, Ievséi fue presa de la exaltación: dejó a un lado el viejo uniforme que acababa de operar y se puso a dar saltos por la habitación como un niño que ha terminado una lección o un pobre que ha encontrado un rublo...

Muchos años habían transcurrido desde que había trazado aquel plan ambicioso y colosal, que había concebido aquella idea grande y rigurosa. Y aquel plan y aquella idea habían reinado despóticamente sobre él hasta este instante, habían destruido en él todo arrebato juvenil y todo anhelo humano. ¡Ahora había llegado el fin de todo lo monstruoso, satánico, heroico! Largo tiempo había sido un *autómata* movido por la necesidad y por el deseo de superar, de aniquilar la necesidad. ¡«Por fin él también se había convertido en un *hombre*»!

Durante varios minutos, Ievséi ora caminaba por la habitación, ora se sentaba a la mesa en la posición de un hombre que no sabe dónde meterse de la felicidad; después se puso el traje de civil, negro y elegante, se miró en un pedazo de cristal que para él y su compañero hacía las veces de espejo, sonrió, se dio un amistoso pellizco en la oreja, canturreó: «¡Bravo, bandido!», y salió a toda prisa...

VI

La novia

Una «cabecita castaña» se deja ver por momentos junto a la ventana del piso donde se realiza la útil fabricación de sombreros para mujer y ropa interior para hombres. Lo primero que lleva a la cabecita castaña hacia la ventana es la curiosidad, el sencillo deseo

de mirar lo que sucede en la avenida; cuando ella mira a los demás, los demás la miran a ella, y así nace esa nueva y agradable atracción por la ventana para mostrarse, y en ella se detiene la mirada atenta y penetrante de la gente que pasa por delante con paso quedo, con la clara intención de mirarlo todo alrededor y no hacer ruido en ninguna parte. La cabecita castaña no presta atención a ellas, pero se oye el sonido de unas espuelas y de un sable: con aire valiente y animado, como yendo a un asalto terrible, marcha por la vereda un ulano con aspecto belicoso, mirando todas las ventanas, y la cabecita castaña se pega al vidrio con gran atención. Esta atención es suscitada por las espuelas, pero sus ojos tropiezan con los bigotes y —¡oh, dicha!—, resulta que esos bigotes y esas espuelas pertenecen a una misma persona. ¡Qué primorosa combinación! En tanto, los bigotes se mueven, las espuelas tintinean, y el sable, suelto, golpea contra el granito y saca luminosas chispas. ¡Qué encanto! Y tras las chispas vuelan hacia la cabecita castaña las siguientes observaciones de los bigotes: «¡Qué bonita! ¿Cómo te llamas, cariño? ¿Eh?... ¿No me oyes? ¿Está la *madame*?... ¡Yo acabaré con tu *madame*! Vendré por aquí más tarde. Tú sal... a dar un paseo».

Tras ello, un nuevo tintineo, unas nuevas chispas; los bigotes giran hacia la derecha y desaparecen, pero largo tiempo aún mira por la ventana la cabecita castaña... ya no ve los bigotes, pero sigue oyendo el sonido de las espuelas, y sus ojos despiden chispas... No ha oído ni la mitad de las palabras pronunciadas por los bigotes, pero ¡qué se le va a hacer! En la tienda se aburre, y ella, tras esperar a duras penas el atardecer, se pone un modesto sombrerito de paja y sale... a respirar el aire fresco. ¡Y ellos ya están allí, junto a la misma puerta, esos bigotes fatídicos! Saben manejar oportunamente las espuelas y el sable y, si es necesario, se deslizan con más sigilo que un gato acechando un ratón.

Sigue un breve paseo en el cual el ulano logra decir a la cabecita castaña muchas cosas tiernas, alegres, conmovedoras; en una palabra, hasta tal punto *entrañables* que ella empieza a sentir una atracción agradablemente abrumadora hacia esos pérfidos bigotes, y, cuando estos, aprovechando la oscuridad, se pegan a sus rosadas mejillitas, ella se estremeces y no puede hacer ninguna observación respecto a ese roce misterioso y, por cierto, indescriptiblemente dulce. Después, los bigotes dijeron a la cabecita castaña que necesitaban estar allí al día siguiente, a esa misma hora, y que pasarían por delante de la tienda, y con demoníaca sonrisa oyeron de ella la queda respuesta de que ella también necesitaba salir de la tienda a la misma hora, «por un asunto personal». Como

consecuencia de esas dos necesidades, a la tarde siguiente se produjo un nuevo encuentro, también casual, entre la cabecita castaña y el ulano con sus bigotes.

Y, de pronto, las personas que pasan por delante de la tienda con paso quedo no notan la cabecita castaña, y el costoso y vacío departamento que estaba arriba de la tienda, en el primer piso, es nuevamente decorado y amueblado, ocupado por una dueña joven y solitaria, que para el portero y la mucama es una señora... La cabecita castaña ya no cose sombreros, sino que, embargada de la filantrópica intención de reconciliarse con la *madame* engañada, le encarga todos los trapos que necesita en su nueva existencia; de protegida se convierte en protectora, y *madame* le señala con tono falso y lisonjero: «Le he dicho, señora, que en mi tienda haría carrera. Ahí tiene. ¿No era cierto?». ¡Así son todas las *madames*! Después de los amigos y de los acreedores, ¡las *madames* son la gente más terrible de Petersburgo!

Con la mudanza al entrepiso, un espectro extraño aparece y desaparece en el alma y en el corazón de la cabecita castaña, así como ella se dejaba ver en las ventanas de la tienda; la joven se siente feliz y contenta. Los minutos vuelan uno tras otro, y muchos minutos conforman un año... Pero ¿cuánto más puede durar ese hecho llamado felicidad? Además, ¿cuánta abnegación, espíritu de sacrificio, ardor, juventud y pasión se necesitan para crearse, con el único y exclusivo recurso de una linda carita, una felicidad propia, doméstica, por nadie conocida?

Ella es feliz... Y en el momento en el que ella más se extravía, más se deja aniquilar por el destructivo encanto de la dicha, surge la imperiosa necesidad de pagar el alquiler del suntuoso departamento. Esa circunstancia cotidiana aniquila, hace pedazos su felicidad. Teme las vulgares necesidades, tiembla en espera de la llegada... no de *él*, de su radiante príncipe, de ese joven sagaz y valeroso al que pertenecen los bigotes, las espuelas y el sable ya repetidas veces mencionados, sino del portero, ¡del inútil, descortés y fehaciente portero!

Sucede que en el decimosegundo mes de dichoso amor el belicoso ulano desdeñó el «amor dichoso». Y no hay que acusarlo: en Petersburgo hay tantas mujeres refinadas, ardorosas, etéreas, celestiales, eléctricas, balzacianas, sandianas, incluso shakespearianas, incluso soñadoramente byronianas y schillerianas, que no solo una cabeza como la que tenía sobre los hombros el radiante príncipe podía marearse, incluso atontarse con ellas, siempre que la parcial naturaleza no lo hubiera hecho de antemano un estúpido.

En tales circunstancias, no es extraño que el amigo, entre otras obligaciones, empezara a olvidar la obligación más importante de proveerle a ella, a la cabecita castaña, según lo convenido, mil rublos cada primero de mes, y que la cabecita castaña se viera obligada a dar explicaciones al portero...

Entonces con resignación, en silencio, la cabecita castaña decidió cortar sus gastos, pagar al fehaciente portero e instalarse más arriba, en el segundo piso, donde, oportunamente, había un departamento libre: no tan espacioso ni confortable como el del entresuelo, pero, sin embargo, un excelente departamento. Se mudó allí, y el radiante amigo, una vez que la visitó, no notó en absoluto esa mudanza, y de los mil rublos que tan positivamente habían sido fijados en los momentos de pasión, ¡tampoco ni una palabra! La cabecita castaña empezó a afligirse...

No sucumbió. El protector destino, con forma de un rentista grueso como la línea del ecuador, que había engordado y se había vaciado con todo lo que la tierra producía de graso y absurdo, ese destino la seguía y la observaba en los teatros, en los bailes (que se me disculpe la supina ignorancia del nombre exacto de esas «reuniones» en las que, bajo el amparo de los radiantes bigotes, la cabecita castaña era una reina), en las mascaradas y en todos los lugares a los que la llevaba su radiante amigo en los momentos de amor y de deseo de jactarse de su amor.

El rentista le ofreció sus servicios en el momento más propicio, cuando ella, agobiada por el amargo presentimiento de la inminente desgracia, se asustó inconscientemente de esta, que se le aparecía no en la realidad, sino en la imaginación, en esa forma monstruosamente fabulosa en la que una niñera inteligente suele presentar al demonio a un niño tonto. El rentista fue a verla muy oportunamente y supo demostrarle su lealtad con los hechos más fundados y valederos.

Él era un hombre experimentado en la misma medida en que era un hombre tonto. Había comprendido la gran ventaja de alimentarse de los restos de la mesa del señor. Le gustaba frecuentar y tratar a personas importantes, eminentes, a las que consideraba sin excepción niños que rompían espejos en las tabernas y vidrios en las confiterías; estaba dispuesto a despellejar a sus arrendatarios con el fin de valerse del poderoso influjo de los rublos y tratar a esos señores de igual a igual. Y eso no es difícil. Se sabe que las eminencias, tan genealógicas en otros casos, siempre aceptan entre sus filas a personas sensatas que han concentrado sus cualidades hereditarias y personales en los todopoderosos recibos de las casas de empeño.

Ya con una esposa y una familia, juzgó necesario tener también a un costado, en distintas partes de la ciudad, a esposas y familias accesorias. Después de su pasión por conocer a eminencias, tenía la poderosa pasión de quitarles a estas sus Aneta, Alina, etc. A veces, en efecto, lograba quitar el objeto deseado; a veces entraba en posesión de ese objeto como de un bien mueble, tras negociar con el propietario original; pero, en cualquier caso, buscaba solo a una Aneta o a una Alina que previamente hubiera gozado de la atención de los «grandes» hombres, como llamaba a sus brillantes conocidos.

Y he ahí a la cabecita castaña en poder de un hombre que tiene dinero, pero no espuelas, ni bigotes ni la amabilidad de su primer amigo. Ella experimenta la primera pena de esa vida extraña de muchas mujeres en Petersburgo, vida vendida al precio de un departamento con calefacción e iluminación, que transcurre con monotonía, desconsuelo, aburrimiento, en medio de las seductoras noticias de la cocinera, apartada de todo el mundo...

Pero el rentista no la fastidió mucho tiempo con su amor y sus visitas; ya había logrado trocar con el príncipe una corista etérea y eléctrica a cambio de un corcel veloz, gris y con manchas, un corcel que no tenía igual en toda Petersburgo. El rentista *abandonó* a la cabecita castaña, que alquiló un departamento más arriba.

Solo allí, en el tercer piso, ella conoció positivamente la insignificancia del amor, el egoísmo de los hombres, la materialidad de la vida. Solo allí vio la suerte que le aguardaba, la extraña y repugnante suerte de cualquier mujer «emancipada» que ha perdido el rumbo y la belleza. Al alcanzar las Cumbres de Petersburgo —el extremo del mundo habitable de la zona fría, que no produce ni tolera plantas tan tiernas como el amor y la dicha, que mata más de lo que vivifica—, perdió para siempre también el poético nombre de «cabecita castaña», como la conocían entre sus admiradores ricos y eminentes. Ahora se llamaba simplemente *madame* Karolina o incluso Anna Alekséievna, puesto que, como era alemana de Rusia, tenía varios nombres.

Por encima de las Cumbres de Petersburgo ya era imposible elevarse, pero sí era fácil caer desde ellas a lo más más bajo, al abismo del más completo... cosmopolitismo.

Profunda fue su desesperación cuando por primera vez contempló con mirada atenta y escrutadora su situación y su futuro. Estaba en peligro de sucumbir, al igual que miles de otras mujeres a las que, para desgracia suya, no ha sido concedido tanto conocimiento como pasión, para las cuales la primera cita inocente, alegre y secreta es un

error, y la primera atracción amorosa, pura y sagrada en su origen, constituye ya un crimen.

Entonces, sofocando sus amargos sentimientos, sobrellevando con hombría las necesidades vitales y la inconstancia de sus admiradores, guiándose por la experiencia y por el desprecio a todo lo que había perdido irremediablemente, decidió darse a sí misma, y lo logró, un valor nuevo y original. Su *fama* en esas sociedades excéntricas llamadas clases de baile llevó a ella, uno tras otro, a los mejores habitantes de las Cumbres de Petersburgo. En comparación con los anteriores, estos buscadores de su amor eran insignificantes en sentido social y financiero, y ninguno de ellos valía su cariño porque no estaba en condiciones de brindarle el mínimo servicio de asumir el pago del alquiler de su departamento; pero, al darse cuenta de que *toda* esa multitud de hombres podía ser más útil que *un* rentista, distinguió en la primera ocasión a dos funcionarios ancianos que ocupaban abajo «buenos puestos» —en efecto, eran consejeros de Estado— y, dado que por su lugar de residencia, origen y parentesco pertenecían a los habitantes de las Cumbres de Petersburgo, se llamaban y eran llamados aquí, arriba, generales. A estos generales Anna Alekséievna, o *madame* Karolina, los recibía de un modo tan astuto que ellos nunca experimentaron la desazón de encontrarse el uno al otro en su pequeño cuarto de estar, y, aunque eran viejos conocidos, en sus conversaciones más cordiales tras una copa de champaña barata no podían adivinar que tenían una misma conocida. Sabían y estaban firmemente convencidos de que uno se daba con Anna Alekséievna, que vivía en un edificio grande junto al puente Kámenni, mientras que el otro se daba con Karolinchen, que vivía en el mismo edificio, pero por otra escalera.

La amabilidad conjunta de esos «generales» adornó de nuevo y con elegancia el pequeño y modesto departamentito de Anna Alekséievna y fue recompensada y avivada en cada general por separado con los signos más inequívocos de profundo cariño: la promesa de fidelidad eterna e inalterable, fidelidad respecto de la cual los funcionarios ancianos que tienen un valor definido en la sociedad son bastante quisquillosos.

Mientras los consejeros de Estado, que además eran generales, calentaban, cada uno a la hora asignada, su fría sangre con las caricias de Anna Alekséievna y *madame* Karolina, ella obtenía nuevas victorias sobre los habitantes de las Cumbres de Petersburgo...

Después, cuando se llenó de odio hacia ese sexo, cuando en su alma empezaron a deslizarse el penoso tedio de una soledad eterna, la conciencia de la indignante

singularidad de su situación en cuanto «mujer libre» y el fastidio con su invencible aislamiento de la sociedad, quiso reconciliarse con esa sociedad antojadiza que se movía según leyes propias, pero inexorables e irrevocables, reconciliarse mientras aún tuviera tiempo y recursos...

Angustiada por su soledad, tuvo la dicha de ser madre de una pequeña niña cuya aparición en el mundo redobló en cada uno de los consejeros de Estado su amabilidad y deferencia con Anna Alekséievna...

Anna Alekséievna se daba prisa en vivir. Su cupidito de sexo femenino se daba prisa en crecer: al año, no solo corría por la habitación, sino que también bailaba una especie de polka de propia invención, una especie bastante tonta, debe señalarse en aras de la verdad histórica, pero muy original y divertida, en opinión de Anna Alekséievna.

Mientras criaba a ese cupidito, Anna Alekséievna se sumía cada vez más en reflexiones... Qué sería de él o de ella, de esa pequeña Ánnushka, cuando llegara a los dieciséis años, cuando en su joven cabecita se arremolinaran alegres fantasías, cuando el desconocimiento del bien y del mal la hiciera entregarse a agradables aficiones de engañosa felicidad, cuando algún *él* le dijera: «¡Te amo, cariño! Sal mañana a pasear... Pero no se lo digas a tu madre, que es una vieja insensible». Y su hija se convertiría en una mujer tan libre como ella, y pasaría a vivir de planta baja al primer piso, del primer piso al segundo, y, subiendo cada vez más, acabaría agazapada en un rincón oscuro debajo del mismo tejado, donde recordaría y maldeciría a su madre.

Así como el amor propio agraviado la animó a llevar el modo de vida más cínico, la preocupación por el futuro destino de esa niña bonita, alegre, bailarina y balbuceante empezó a conducirla hacia una vida distinta, silenciosa, retirada y... social. Quería darle a su hija un nombre y un valor para que no la señalaran con el dedo, para que a ella, todavía inocente, no la estigmatizaran con el oprobio de la madre...

Entonces pidió a los generales, que pensaban cada uno por su cuenta que el destino de esa niña y de su madre gravitaba sobre su conciencia, que le consiguieran a la mayor brevedad posible un marido de excelentes cualidades, de conducta intachable en el trabajo y absolutamente fiel en la vida matrimonial. Los generales, con disimulado placer, accedieron a «poner fin de una vez a ese asunto intrincado» y, al cabo de una semana, le presentaron cada uno, como candidato a novio, a un secretario colegiado de irreprochables méritos. Tenía que elegir a uno de los dos: uno tenía protección, una suma de dinero importante por su cargo y la más tangible fidelidad, tangible porque en sus dos

visitas a *madame* «Karolina» expresó claramente su profunda concepción austera de la vida, sus rigurosos criterios familiares y la seguridad en que el bienestar social e individual se puede conseguir con poco dinero. Su ropa y su aspecto confirmaban que estaba imbuido de esos criterios, de esos principios; que nunca podría separarse de ellos ni engañar a su esposa, porque todo engaño se opone a los principios de austeridad ya mencionados en los que él basaba su vida; toda violación del acuerdo matrimonial acarrea gastos imprevistos y el desajuste de la economía doméstica. El otro también contaba con protección, pero no tenía una moneda y despertaba fuertes sospechas en cuanto a su capacidad de ser fiel: con franqueza y ardor, explicó a «Anna Alekséievna» que «amaba y amaría a las mujeres; que siempre, aun medio mes antes del día primero, andaba maravillado, animado y feliz si planeaba encontrarse con una beldad; que las mujeres han sido desde siempre más morales, más bondadosas, mejores y más elevadas que los hombres; que son poesía viva, la fuente de la vida y de la alegría, el color, el adorno y el principio de la humanidad», y abundó en muchas otras palabras a favor del sexo femenino, palabras que mostraban que tener a un marido semejante era una rara felicidad en lo que hace a su ardor, apasionamiento y deferencia, pero un sufrimiento constante en lo que hace a su fidelidad.

Así pues, al recibir a la hora asignada a cada uno de los dos novios, la anterior cabecita castaña, conocida por uno como Anna Alekséievna y, por el otro, como Karolina, estudiaba sus cualidades y, cuanto más las estudiaba, más le costaba dar preferencia a uno por sobre el otro... Quería componer a partir de ambos un funcionario conjunto que reuniera una cantidad innumerable de cualidades valiosas que debían constituir en Petersburgo una rareza de lo más rara: un secretario colegiado cabal e intachable y un marido absoluto.

VII

El secretario colegiado Ievtéi Ievséievich

Eran las diez de la noche cuando Ievtéi Ievséievich abandonó la confitería junto al puente Politseiski. La lluvia que le azotaba el rostro lo reanimó. La opaca luz de los faroles que titilaban en la profunda oscuridad, el ruido y el aullido del viento infundían angustia en el alma. Con dificultad, cruzó un paso peligroso a través de un lago de agua estancada, llegó al otro lado de la avenida y se encaminó directo a su casa.

Había celebrado el primero de mes en la confitería. Entre licores y pastelillos se vio privado de la mitad de su salario, y en el encuentro con el original asesor se vio privado de todas sus convicciones filosóficas, de todas las creencias fantásticas que sostenían y fortalecían su espíritu en la mezquina lucha con las mezquinas necesidades. Ahora había comprendido lo insignificante de su voluntad, de la que tenía tan alto concepto, la imposibilidad de aplicar a las circunstancias cotidianas su razón, en la que tantas esperanzas depositaba.

Hay momentos en los que las influencias y los encuentros habituales y cotidianos ejercen sobre el alma una fuerza hechiceresca, cuando sucesos y episodios de la vida social, vulgares y siempre visibles a cualquiera, ideas a menudo repetidas, mórbidas y misantrópicas en un alma particularmente susceptible, cobran forma y adquieren la propiedad de fundamento de esta vida. Tales momentos fueron para Ievtéi Ievséievich los que pasó en la confitería bebiendo diversos licores y escuchando los cínicos razonamientos del asesor colegiado Fósforo.

Una conjunción de causas menores y de condiciones aniquiló la seguridad en sí mismo: el primero de mes, en el que el funcionario vive lo que suele llamarse vida; los diez rublos que ve y que posee solo el día primero; los diversos licores de propiedades indescriptiblemente prodigiosas; las dimensiones inusualmente atléticas del asesor colegiado; la extrañeza de sus postulados y argumentos respecto a que en la sociedad los principios animales prevalecen sobre los espirituales; la deprimente y sombría perspectiva que se le presentaba al contemplar su futuro; por último, el brusco contraste entre la luminosa, confortable y abundante confitería y la oscura y fría jaula en la que habitaba por falta de dinero; todo eso actuó sobre él con una fuerza inmensa, sublevó su espíritu, le infundió angustia, lo sumió en la desesperación...

Entretanto, en las calles de Petersburgo continuaba el desenfreno del primero de mes. Los artesanos entonaban canciones sin prestar atención a la cercana presencia de los transeúntes; los obreros no calificados juzgaban con osadía y en voz alta a sus contratistas por descontarles los días que faltaban, afirmando que había *puestos* de sobra para ellos y que con dueños aun peores se habían ausentado los primeros de mes. Distintas personas de rostro amarillento, en cualquier otro momento pacíficas, atareadas, trémulas en sus uniformes raídos, discutían sin miedo sobre la renuncia de un administrador y sobre la guerra en Argelia. La propia naturaleza, en otros días gris, nebulosa, petersburguesa,

ahora era temible, majestuosa, arrancaba en torbellino los tejados de los edificios, derribaba a los transeúntes, arrojaba sobre Petersburgo una terrible masa de agua.

Ievtéi, siguiendo su vieja costumbre, analizó su situación y comparó su vida con ese largo y oscuro camino que iba del puente Politseiski al puente Kokushkin, que lo llevaba a un único destino: una despena húmeda entre la tierra y la luna, lejos de los bienes terrenales, lejos de los dones celestiales. El amargo recuerdo del pasado, el mortificante presentimiento del futuro se apoderó de él y lo atormentaba...

Ya sucumbía víctima de sus mezquinas necesidades cuando el solícito destino le había enviado a un compañero para vivir *a medias* en una misma habitación; mejor dicho, le había enviado a un ángel de la guarda en una persona que, al igual que él, era secretario colegiado, Ievséi Ievtéievich. El ascendiente económico de Ivséi sobre Ievtéi se volvía cada vez más evidente. Ievtéi Ievséievich enviaba algún que otro día a la dueña al almacén en busca de leche y pan; a veces conseguía que el tesorero le prestara un rublo hasta el día primero e iba a almorzar a un comedor. Ahora ese lujo se había terminado. Compraba un pan enorme directamente en la panadería, y esa forma de aprovisionarse redundaba en un ahorro de tres kopeks. La leche la traía una finlandesa, y ahí se ahorra otro kopek; además, este último producto no se consumía a diario: Ievséi Ievtéievich obligaba a Ievtéi Ievséievich a ser religioso; los miércoles y los viernes se conformaban con *kvas*.³ A veces, en cuanto empezaba a oscurecer, junto a Ievtéi ardía ya una vela, y ardía sin razón, sin ninguna necesidad sustancial, porque Ievtéi se ocupaba no de asuntos del trabajo, sino de la inútil lectura de libros; ahora, en cambio, solo en las noches más oscuras, y como máximo una hora, ardía el cabo de vela.

Al principio fue difícil, extraño y aun terrible para Ievtéi someterse a esas privaciones, pero los argumentos de Ievséi en favor de esa austeridad indignante eran sólidos, y con su lógica victoriosa desbarataban cualquier resistencia de Ievtéi.

El tiempo transcurría, y Ievtéi empezó a acostumbrarse a todo: cada primero de mes llevaba puntualmente su salario a Ievséi y aceptaba los consejos que este le daba acerca de cómo y en qué gastar el dinero. Los consejos eran profundamente sabios, y él los seguía con plena conciencia de su sabiduría. No pasó un año desde que vivían a medias cuando los objetos *superfluos* que componían todo el vestuario, todos el patrimonio de Ievtéi, fueron desempeñados. Ievtéi pagó todo el capital: ciento veinte por ciento por el

³ Bebida rusa fermentada [Nota del traductor].

capital y noventa por ciento por el interés; pagó y ahí mismo insultó al usurero, llamándolo cerdo y usurero. El primer epíteto fue bastante tolerable para el amor propio del usurero, pero el último lo agravó hondamente; la gente en general se ofende del propio nombre y desea que la llamen solo con *adjetivos*. El usurero se ofendió y dijo a Ievtéi un refrán: «Nunca digas de esta agua no beberé». Ievtéi respondió que nunca más recurriría a él, y el usurero, tras hacer un silencio mientras Ievtéi se marchaba, dijo: «¡Está bien!».

Fuera de su departamento seguía manteniendo su falta de cálculo y de austeridad. El espíritu de la voluptuosidad se apoderaba de él, y estaba dispuesto a gastar un rublo – si lo tenía– en toda clase de tonterías; pero el solo recuerdo de que ese rublo, si se lo entregaba al usurero, le permitiría desempeñar sus objetos *superfluos*, lo salvaguardaba de cometer estupideces. Llevaba un uniforme viejo, gastado, con muchos remiendos; el resto de sus prendas armonizaban con el uniforme. Con esa ropa podía todavía ir al trabajo, pero le daba mucha vergüenza pasear por la Nevski o visitar al jefe, que más de una vez le había prometido ocuparse de él e invitarlo para contarle algo importante. Cuando volvía a su habitación, se sometía al influjo bastante útil, pero también agotador de su compañero. Sentía que en el umbral del departamento se desprendía de los deseos suntuosos, de las pasiones ardientes; que el demonio de la avaricia, de una avaricia absoluta, no solo de la austeridad, se apoderaba de su alma. A pesar de las consecuencias favorables que tenía para él *vivir a medias*, se consumía de pena y de rabia. En sus recuerdos desfilaban las alegres imágenes y los fantásticos sueños que había tenido antes, cuando no estaba atado a la pesada e inquebrantable cadena de la abstención.

Su deuda con el usurero la canceló exactamente un mes antes de ese día primero en el que realizó su paseo filosófico por la Nevski y entró en la confitería. La cancelación de esa deuda explica por qué se sintió un pusilánime al infringir aquella prolongada abstención coronada por un éxito tan brillante.

Había además una razón importante para su desviación a la confitería, a saber: la idea de casarse con una mujer protegida por su jefe, idea que sublevaba su amor propio, lisonjeaba su ambición, abrumaba su alma por su diversidad de aristas y facetas, mantenía su determinación en una tensión constante y penosa.

Entregado a los recuerdos de los dorados sueños y esperanzas de antes, reflexionando en la inminente, amarga y humillante necesidad de recurrir a la magnanimidad del ofendido usurero, puesto que una parte considerable del «suficiente»

salario lo había gastado con imprudencia en licores varios, el secretario colegiado Ievtéi llegó a un gran edificio de tres pisos junto al puente Kámenni. Allí, como siempre, había un terrible ajetreo de transeúntes, un movimiento incesante de coches. Se detuvo y miró alrededor: era el mismo edificio en el que vivía su novia, en la que acababa de pensar.

«Y, ¿si paso verla? –se dijo–. Es una mujer amable e incluso la mejor en su género. Quizá tampoco tenga la culpa de su extraña situación, como yo no la tengo de la mía. La gente, si se lo piensa bien, no tiene en absoluto la culpa de su situación... ¡Oh, Karp Lukich Fósforo! ¡Oh, el más colosal de los asesores colegiados! Creo en los principios de la vida que me acaba de revelar: solo ellos contienen una filosofía práctica y auténtica!»

Y decidió visitar a Anna Alekséievna para presentarle otra vez su más profundo respeto y decirle una fórmula ya sancionada por la costumbre: «¡No aplase más mi felicidad! ¡Cada minuto sin usted es para mí un año de tormento en el infierno!».

El recibidor no estaba cerrado, y Ievtéi entró en el departamento de Anna Alekséievna sin tocar la campanilla. Lo recibió Fiokla, la cocinera, que también era la mucama.

–¿Anna Alekséievna está en casa?

–Sí, señor.

–¿Está sola?

–No, señor.

–¿Quién está con ella?

–No lo sé, señor.

–¿Es él?

–No, señor.

–Y, ¿quién es?

–Un señor.

–¿Cómo es, cómo se llama?

–No lo sé, señor.

–Eres una tonta o una pícara –dijo Ievtéi, turbado e inquieto por las vagas respuestas de Fiokla, y fue al cuarto de estar.

Allí no había luz. Solo del despacho de Anna Alekséievna, por las puertas entreabiertas, se extendía sobre la alfombra una franja de luz. Ievtéi se detuvo; no sabía si seguir y sorprender a la infiel con su súbita aparición o si volver a su casa y enviarle una respetuosa esquela... Sus pasos, sofocados por la mullida alfombra, no se oían en el

despacho, donde continuaba una conversación que Ievtéi debía involuntariamente escuchar...

—Solo le diré que, hasta ahora, he logrado ahorrar mil rublos gracias a mi habitual austeridad —decía una voz de hombre—. Es una suma pequeña, a decir verdad, pero, para un hombre de familia, si usted me concede la dicha...

Una sonora risa de mujer interrumpió esa explicación, y en ese momento Ievtéi se estremeció como si hubiera recibido una descarga eléctrica. La voz de hombre le resultó conocida, a pesar de su tono extraordinariamente tierno...

—¡Disculpe, Ievséi Ievtéievich! —dijo la voz de mujer—. Por mucho que lo ame y lo respete, esos mil rublos que usted, a costa de privaciones inimaginables, ha ahorrado al cabo de varios años para una futura vida familiar lo presentan como a un marido *terriblemente austero*.

Una nueva risa más sonora que la primera concluyó las palabras de Anna Alekséievna. Ievtéi no salía de su asombro. ¿No se habría vuelto loco? Ese fenómeno era tan extraño, tan inesperado, tan inexplicable para él. En tanto, la conversación entre su novia y su compañero siguió resonando en sus oídos, y vio a los dos —a *ella* y a *él*— con sus propios ojos. Cuando volvió un poco en sí de la fuerte conmoción, se llevó la mano a la frente ardiente, acaso buscando el principio de aquel terrible cosmopolitismo humano.

No pudo ver ni oír nada más. Los objetos y las ideas se confundieron en su imaginación. Comprendiendo en ese fatal instante el cabal peligro al que exponía su razón, salió despacio y maquinalmente de la habitación de Anna Alekséievna.

Mientras bajaba por la escalera, rompió a llorar con amargura. El corazón se le oprimía de una angustia mortal, el alma se le había caído a los pies. Abajo, en el pasillo, fue presa de una rabia incontenible. Por cierto, en la puerta había un cochero medio borracho y medio congelado. Ievtéi le dio un empujón tal como solo puede dar un hombre furioso. Eso salvó a los dos: el cochero dio una voltereta, cayó desde los peldaños a la vereda y de esta a la calzada y se levantó animadamente en manos de dos centinelas, ya sobrio y entrado en calor; Ievtéi, al encontrarse cara a cara con el decoro, se serenó y refrenó su furia.

VIII

Funerales del primero de mes

Terrible era el estado de Ievtéi cuando volvió a su elevado tabuco junto al puente Kokushkin. Desparramó su uniforme por todos los rincones y, presa de la exaltación, correteó varios minutos por la habitación...

¡Todo estaba perdido!... Pero lo que más lo atormentaba no era tanto la propia pérdida cuanto el infernal sentimiento de que *ella* lo había despreciado, y ¡por quién!, de que ella lo había preferido a *aquel*, y ¡a quién!...

Largo tiempo había seguido un camino falso, largo tiempo había soportado una suerte amarga, porque su concepción de la vida era diferente a la de los demás, porque no sabía vivir.

Después, cuando le hicieron comprender que debía pensar y vivir de acuerdo con los demás y le prometieron una vida mejor, cuando él aceptó todo por esa vida, ¡de nuevo resultó engañado!

La vieja viuda de un secretario de provincia, la dueña del departamento de los secretarios colegiados, en espera de que Ievtéi le pagara el alquiler encendió la estufa. En los meses de invierno, esa calefacción se encendía solo los días primero y en las fiestas importantes, por eso, el resto de los días, en una habitación con agua y leña solo podían vivir los osos polares y los secretarios colegiados. La vieja, por la misma razón que la había llevado a encender la estufa, estaba en una alegre disposición de ánimo y, en contra de su costumbre, deseaba hablar con Ievtéi. Sin embargo, al ver su apariencia, desapareció en silencio tras la puerta.

Ievtéi miró un buen rato las viejas y ennegrecidas paredes de su departamento, todos los objetos que componían su decoración, viejos y arruinados, que siempre le infundían una angustia inconsciente con su aspecto muerto y sombrío. Un nuevo acceso de rabia y de incontenible maldad empezaba a atormentarlo... Ante sus ojos, en un rincón oscuro, yacía en una silla un viejo uniforme. Ese uniforme, según le pareció, se mofaba de él y le decía: «Yo, un pobre y absurdo uniforme hecho como corresponde no necesito ni vivir a medias, ni salario, ni matrimonio ni, siquiera, el primero de mes. Vivo feliz y por las mías. En cambio, tú, a pesar de que eres una persona importante, un secretario colegiado, necesitas todo eso y no puedes vivir de manera independiente y por tu cuenta

como yo». Ievtéi se acercó raudo al pérfido uniforme, lo tomó y lo arrojó a la estufa; después volvió a sentarse en su sitio y, con una sonrisa extraña, miró cómo ardía la prenda.

En ese instante entró el secretario colegiado Ievséi.

Entre ellos había un contraste chocante: uno con los ojos centelleantes y el rostro pálido, en el que todo el tiempo asomaban y desaparecían manchas rojas; los labios le temblaban como en un vano intento de decir una palabra; espasmos de rabia le recorrían el cuerpo, y de sus ojos rodaban lágrimas; su aspecto era terrible. El otro, lo que nunca le ocurría, se distinguía por su elegante traje de civil y por la expresión especialmente alegre de su cara. Después de una jovial exclamación, su primer movimiento al entrar en la habitación fue arrojarle al cuello de Ievtéi... De pronto, se detuvo pasmado: Ievtéi lo miraba, y lo miraba de un modo tal que se estremeció y retrocedió.

Los ojos de Ievtéi se clavaron en el rostro de Ievséi, que no pudo soportar su terrible y penetrante brillo y apartó su apocada mirada... En ese momento empezó a temblar y, señalando el uniforme que ardía en la estufa, miró a Ievtéi con ojos inquisitivos.

—¿Dónde has estado, Ievséi? —preguntó Ievtéi con una voz amenazadora que hizo dar un respingo a aquel.

—¿Qué es lo que has quemado? —preguntó Ievséi, y, lanzándose hacia la estufa, sacó de las llamas una parte del uniforme aún intacta: un faldón con botones. «¡Oh! ¡Mi uniforme!», dijo para sus adentros con voz desesperada. Luego se dirigió a Ievtéi—: ¿Por qué has quemado mi uniforme, Ievtéi? ¿Qué te he hecho yo? Seis años he ahorrado rublos kopek a kopek, no he bebido, no he comido, he vivido como un animal salvaje, lo que ahorraba lo cosía en el uniforme... no he hecho más que esperar este día. Al final he reunido lo que deseaba y... ¡aquí tienes!...

En un instante, el rostro de Ievséi experimentó un cambio terrible: era otro ejemplar de Ievtéi.

—¿Dónde has estado, Ievséi? —preguntó otra vez Ievtéi, tan embargado y conmovido de pena que no había entendido una palabra de los lamentos de Ievséi.

—¿Por qué has quemado mi uniforme, mi dinero, mi alma?

—¿*Tu* uniforme?... Bueno, ha sido un error... Pero eso no importa. ¿Dónde has estado?

—A ver, ¿por qué me fastidias? He estado con Karolina, y he *cerrado* muy bien el asunto. Y, ahora, de pronto, ¡todo ha terminado! ¿Por qué me has arruinado, Ievtéi?

—¿Con Karolina? ¡Mientes, amigo! ¡Has estado con Anna Alekséievna! ¡Tú y ella me han engañado hasta el último minuto!... ¡Oh! ¿Por qué, para qué me han engañado? — exclamó con pena Ievtéi.

Después de estas palabras, los dos funcionarios callaron unos momentos y se miraron a los ojos. Sus rostros denotaban desesperación, exaltación. Después Ievséi dijo otra vez a Ievtéi:

—¡Pues bien, me has arruinado! ¡Me has quemado! ¡Oh, mi dinero!

—¡Sí, me has aniquilado! —dijo Ievtéi—. ¡Me has aniquilado a mí y a mis principios! ¡Oh, mis principios!

Y los dos lanzaron al mismo tiempo una carcajada tan sonora que la dueña del departamento, que estaba sentada en su tabuco, gritó del susto y salió corriendo en busca del portero.

Los secretarios colegiados se pusieron a bailar algo así como un «vals del infierno». Bailaron un buen rato y con furia; el suelo crujía bajo sus pies; las sillas quedaron hechas astillas; las camas, con sus anticuadas frazadas, fueron derribadas; a las puertas de la habitación estaban, mudos y asombrados, el portero, el aguatero, la dueña del departamento y varias viejitas curiosas. Nadie se atrevía a interrumpir la alegría de los secretarios colegiados, que, en amistoso abrazo, daban vueltas cada vez más rápido. Sus ojos eran cada vez más turbios y terribles; unas muecas les crispaban las facciones.

Ievtéi Ievséievich y Ievséi Ievtéievich cayeron al suelo.

Las mujeres lanzaron gritos y se dispersaron.

El portero fue a la comisaría a denunciar lo ocurrido.

Oscuridad y silencio. Una momentánea llamarada de las brasas en la estufa alumbra a los dos pálidos secretarios colegiados, que tienen los brazos cruzados. Su pesada respiración rompe ominosamente la calma. Y otra vez la misma oscuridad, el mismo silencio. De pronto, en el lejano campanario de Nikola Morskói dan las doce de la noche: era el toque fúnebre del *primero de mes*. Los amigos se estremecieron... Si ese toque les recordó sus esperanzas de la mañana, si hizo que Ievtéi comparara la mañana de ese día con la noche, lo cierto es que los dos se apretaron aún más el uno contra el otro

y escucharon en silencio las fatales campanadas, como si ese tañido les inculcara a los dos una misma y amarga idea...

Y pronto cesó el rumor de la campana de medianoche. El *primero de mes* se hundió en la devoradora eternidad, y con él se fueron las esperanzas y las pasiones de los secretarios colegiados Ievtéi Ievséievich y Ievséi Ievtéievich.

Al día siguiente, el pabellón del manicomio acogió a dos nuevos individuos...

Traducción de Alejandro Ariel González.